

«No olvides que recuerdas y otros cuentos de locura»

Joel Lozada

Image not found.

Capítulo 1

La mortaja...

Algunos hombres llevan vidas perfectas: ipobres diablos!
Fritz Lieber

Acostumbro tomar el camino más solitario pues me permite admirar la noche sin estrellas que caracteriza a mi contaminada ciudad.

El paraje vacío y poco transitado ayuda a las retamas para medrar a un lado y otro de la calle. El olor de esos arbolillos avivado por la lluvia que recién termina, se ha mezclado ahora en el ambiente con el humo de mi cigarrillo, ofreciendo la sensación de quietud y abandono que tanto me gusta de aquel paraje.

Boté la colilla y seguí con la mirada aquella luciérnaga moribunda hasta que terminó su caída cerca de unos arbustos que ocultaban apenas una alfombra enrollada. Seguramente alguien habrá tirado aquel mullido tapete esta misma tarde, pues muy de mañana, al pasar por ese mismo sitio, no noté nada fuera de lo habitual. Un estampado geométrico sobresalía por una orilla del cilíndrico envoltorio y una forma redonda se dibujaba por debajo del tejido mojado.

No pensé en algo en particular ante aquella visión, hasta que, unos pasos más adelante, reparé en la similitud que guardaba con unas viejas fotos que miré en mi infancia en la portada de una de esas publicaciones sensacionalistas. La primera de unas borrosas imágenes presentaba a una boa que recién había engullido a su presa. La segunda foto de la serie mostraba a unos cuantos aldeanos, de alguna parte del Amazonas, arremolinados en torno a la indefensa culebra. En la última fotografía aparecía la serpiente abierta por lo largo descubriendo que en su interior se hallaba un pequeño primate que había sido devorado.

La imagen de la alfombra volvió a mi mente. No se trataba de una culebra pero lo que llevaba en su interior bien pudiera haber sido algo mucho más macabro que el cuerpo de un chimpancé.

Me volví unos pasos para echar otro ojo al tapete, con el deseo de confirmarme como uno más de aquellos que sufren paranoia laboral. Ahí estaba frente a mi aquel siniestro fardo. Lo examiné un par de minutos hasta que decidí que no se trataba más que de un viejo tapete que me había jugado una pesada broma en complicidad con las luces y sombras de la tarde-noche.

Me había alejado uno cuantos metros cuando escuché un susurro:

«Podrías ayudarme. No merezco quedar entre la basura».

De inmediato me volví, pero no logré distinguir quien pronunciaba esas palabras. Me dispuse a caminar con paso acelerado cuando volvieron a

hablar:

«¿Dónde estás?» Preguntó con voz cansada un anciano que batallaba por mantener en su sitio unos pantalones que le quedan demasiado grandes. Su piel lucía muy maltratada por causa del sol. De su cabeza blanca sobresalían unos mechones y cuando hablaba era notorio que le faltaba una buena cantidad de dientes. La poca armonía de sus prendas era evidencia de que se trataba de un indigente. Calzaba zapatos deportivos, de estilo adolescente, viejos y rotos, camisa escolar de color blanco percutido que dejaba ver un torso esquelético. Una cuerda de plástico que en ese momento el anciano se esforzaba por convertir en cinturón completaba su estrafalario atuendo.

Seguí oyendo aquella insólita conversación mientras me ocultaba detrás de unas retamas a espaldas del anciano.

«Si me ayudas podrías quedarte con cuanto poseo. Llevo encima un reloj de oro y al menos unos cuantos miles en efectivo. Son tuyos, pero no me dejes aquí.»

«No te veo» confesó el anciano.

Yo que sabía exactamente de dónde provenía aquella voz sentí un estremecimiento.

«Estoy aquí. Envuelto en esta maloliente alfombra. Mis carnes se están entumeciendo y me horroriza podrirme aquí dentro. Pensaba que tal vez querrías llevarme con los míos.»

«¿No esperarás que te lleve acuestas hasta tu casa o sí?» Respondió el viejo mesándose el cabello de manera nerviosa.

«Te confieso que eso era exactamente lo que te iba a pedir pero reconozco que hacerlo te acarrearía muchos inconvenientes, así que solamente te suplico que des aviso a mi familia para que vengan por mis restos. ¿Lo harás? Sería una caridad que te abriría de par en par las puertas de la gloria.»

«Pues estás fregado. No creo en el otro mundo aunque el hecho de que estemos hablando demuestra que existe. Pero dime. ¿Por qué tendría que arriesgarme por ti?»

«Tal vez por dinero. El que me hizo esto ha tratado de despojarme de lo mío desde hace un buen tiempo pero se ha llevado un chasco colosal.»

«Nadie creerá que he hablado con un muerto»

«Ni siquiera necesitan creerte. Solamente llevarás un mensaje. Lo que pase después no será ya tu problema. Avisa dónde estoy a mi familia, a la

policía o a quien tú quieras »

«Eres un buen negociante así que te ofrezco un trato: Veré primero la mercancía y después le avisaré a quien tu ordenes.»

El anciano comenzó a desenrollar la alfombra.

Me acerqué un poco para mirar también en el interior de la siniestra mortaja. Al ver mi propio rostro ensangrentado y golpeado dentro de aquel miserable sepulcro comencé a gritar.

Elevé mis enjutos brazos, mis manos enredaban mi encanecido pelo. Palpé mi rostro avejentado, mi boca desdentada, la piel de mi cara que se escurría sin sostén.

Así estoy desde entonces. Perdido en algún basurero. Tendido. Muerto y pudriéndome dentro de un atado. Viendo como huyo de mí mismo con horror. Sin poder ayudarme.

Vagando entre retamas bajo noches oscuras buscando.

Tal vez encuentre una camisa, un mejor par de zapatos, o ahora que es de noche y hace frío, una mortaja que me caliente y después me arranque poco a poco la tibieza.

Capítulo 2

No olvides que recuerdas...

Dejó de escuchar sus propios pensamientos. Un hormigueo doloroso crecía despertando su consciencia. Junto con el suplicio que suponía esa fase final de la parestesia de su mente, le sobrevino también una visión: Él mismo, abriéndose paso a través de una selva espesa. Podía hasta sentir sus brazos acribillados por las ramas que cedían ante su avance, pero no eran sus brazos sino su cerebro el que padecía el dolor de los arañazos de aquellos agujones.

Se repetía a sí mismo con desesperante insistencia, como para olvidarse del dolor y a un mismo tiempo, de todo cuanto le rodeaba: «Arturo. ¡Me llamo Arturo Benítez!»

Y el pueblo que en esos momentos abandonaba se llamaba San Pablo Atlautenco. Y bien podría haberse tratado de una gran ciudad o de un suburbio. Y bien podría haber sido su pueblo natal. No se lo preguntó. Habría con seguridad, más adelante, mejores preguntas.

La calle principal estaba decorada con estriadas tiras metálicas cuyas caras, de los más diversos colores, siempre mostraban un reverso plateado. Se percibía el olor a barbacoa, a pan de fiesta. Olor a comida de cocinas extrañas. Aromas nuevos que le evocaban recuerdos viejos, por ejemplo: una joven que bailaba la danza de moros y cristianos sobre el entarimado. Sonriendo mientras caminaba a su lado... Entonces aparecía el dolor de nuevo. Su cráneo parecía agrietarse poco a poco mientras sus pensamientos se adentraban en los recuerdos, como si fuesen unos dedos gigantes que se hundieran hasta partirlo en dos, sin necesidad de otro utensilio.

Ese insoportable dolor le impulsaba a refugiarse con desespero en la profundidad del olvido. Era el tormento que se había ganado por preguntarse el nombre de ella.

-Te dije que no funcionaría hermano. Vivimos en un país que aún se encuentra en pañales. ¿No es verdad, Gorda?

No pudo escuchar lo que respondía la mujer que trajinaba detrás de la barra de aquella bien surtida cantina. Estaba distraído echando un vistazo por toda la estancia. Llamó su atención el decorado. Justo en medio, un muro curvado simulaba un túnel cuyo centro era el hogar de una moderna

chimenea italiana que en esos momentos no estaba en uso.

Podía sentir en el ambiente otro sol. Otro tiempo gobernando el cielo. Los olores resultaban familiares pero distintos. Esos rostros que ahora tenía enfrente le miraban con atención. Era claro que, lo que aquellas personas sentían por él, era un profundo aprecio.

Carlos Masón era uno de los industriales más adinerados del país. Eso no tenía nada de particular excepto que, así era como Carlos Masón lucía. Su ropa era sobria y elegante. Los accesorios que usaba demostraban por sí mismos, sin llegar a la extravagancia, el caudal de su propietario.

Su esposa, a quien él llamaba cariñosamente Gorda, resultaba igual de elegante, de sobria, y muy agradable, pero en definitiva no era ninguna gorda. Era bella aunque de mirada sombría. Su aire aristocrático podría engañar a cualquiera que no conociera sus verdaderos orígenes. La mujer cruzó la pierna izquierda detrás de la corva de la otra pierna, mientras tomaba asiento en el cómodo sofá, luego de haber puesto en las manos de su invitado una cerveza.

-Ya sabemos que prefieres una buena cerveza, Arturo.

Tras un momento de desconcierto, al escuchar ese nombre, respondió con una sonrisa y elevó la transparente y empañada botella. Después de beber un poco respondió:

-Existen, amigo mío, enormes lagunas en las legislaciones, que impiden que un hombre tenga la libertad para donar su propio corazón en favor de quien le plazca, especialmente de un amigo.

Carlos Masón aflojó el nudo de su corbata y echó una mirada a su esposa antes de responder. Elena conocía muy bien esa mirada. Era la clase de mirada que su marido tenía cada vez que estaba decidido a llevar la contra:

-La libertad existe, desde luego, pero las autoridades asumen el hecho de que el altruista donante debe estar muerto. Ese pequeño trámite no lo cubriste, así que olvida por una buena temporada, que tu ferviente deseo de salvar mi vida se vea concretado.

Ahora era el turno de Arturo, el humilde acomodador de autos. Primero para aflojarse la corbata y después, para responder. No desanudaba el lazo porque estuviera disponiéndose a discutir, sino por la incomodidad que le suponía usar un accesorio tan molesto e inútil. Muchas veces había pensado en todas esas cosas estúpidas que la humanidad se obstina en usar: cortadores de puros, paraguas para zapatos, agua de WC

embotellada especialmente para perro....

-Finalmente ¿que son vida y muerte, sino un continuo?- dijo Arturo- aunque el colectivo pretenda que la existencia humana está sujeta a sus caprichos. A veces los que oficialmente están muertos, permanecen aún más vivos que los vivos mismos. Siguen influyendo en quienes les recuerdan e insisten en desenterrar sus logros, pensamientos y credos. Por ejemplo yo: no pocas veces he creído que estoy muerto, pero los demás me convencen de que vivo.

Vivo ¿Porque soy real para ellos? ¿Por qué mientras haya quien me evoque, seguiré con vida? ¿Qué derecho tiene nadie para inmortalizar a otro contra su voluntad? Para impedir que el otro eche una muerte a gusto, como si se tratase de una siesta.

-Seguirás con vida mientras que tu cerebro tenga actividad por encima de la que puedan leer los tomógrafos encefálicos. Ya has oído lo que dijeron en el juicio. Desde ahora y en adelante, la vida estará determinada por lo que digan o no digan esos aparatejos.

-Pues son unos... ¿puedes pensar en alguna palabra que rime con aparatejos? respondió Arturo.

Ambos soltaron una estruendosa y sincrónica carcajada.

Ni a Carlos, ni a Arturo por el momento, les importaba su fallido litigio. Se concentrarían en dar cuenta de la bebida que tenían en la mano, con el loable fin de tomar la siguiente.

Una sensación de plenitud regocijaba a Arturo cuando estaba en compañía de su amigo. Nunca se cuestionaba el por qué una persona como Carlos era su mejor amigo. Su interrogante era, como seguramente lo hacía todo el mundo, si Carlos Masón experimentaba esa misma sensación al hallarse en su presencia.

El reflejo de una mano dentro del espectacular espejo que remataba la chimenea subyugó su atención. Las líneas de los muebles de la sala dibujaban una paralela dentro del espejo que cruzado por los destellos de los elegantes candiles formaban una serie de ángulos que aprisionaban una imagen.

«Alternos internos entre paralelas», pensó.

«Elena arreglándose el pelo. Luce feliz, lo mismo que "Elena prima", su reflejo»

« Frente a Elena la otra Elena lo mismo pasa con Carlos y "Carlos primo"»

Arturo se sabía feliz aunque no alcanzaba a ver en el espejo ningún Arturo y mucho menos un "Arturo primo". Esto le empujó a preguntarse acerca de sí mismo, sobre su origen e identidad. El dolor comenzó a invadir su cabeza. Estaba a punto de tirarse en el pozo de la negación cuando una sola frase de Carlos, coreada por su reflejo, hizo eco en las paredes de su cráneo oscureciendo todas aquellas dudas.

-¡Salud pinche viene-viene!

-¡Salud pinche ricachón!

Si quien le estaba hablando en esos momentos, hubiera llevado cuello romano, él sabría bien lo que le hubiese confesado. Sin embargo, el mayor de los tres adolescentes, dos varones y una mujer, sentados a su lado, era quien le cuestionaba. Hubiera preferido guardar silencio, pero aquellos muchachos se habían ganado el derecho a conversar con él al haber gastado todo cuanto traían en los bolsillos para convidarle, un sándwich y un vaso de café.

-¿Alguna vez quisiste ser algo?

-Ser algo...No estoy muy seguro de eso.

-¿Pensaste que estarías como ahora? ¿Te sientes feliz con lo que eres?

Trato de responder a aquellas preguntas. Habló sin cesar, provocando en los chicos admiración y respeto. En realidad lo que él les decía, era una larga serie de declaraciones que podían interpretarse de cualquier manera y que sin importar que vinieran de un loco, eran resultado del razonamiento lógico de una mente maestra. De eso, aquellos chicos se daban cuenta.

-He sido feliz, desde luego. Mi felicidad proviene de recuerdos fragmentados ocultos en una de las tantas particiones de mi mente. Recuerdos que conservo a tan buen resguardo, como lo haría un anticuario con la pieza más valiosa de su colección. Y tal como haría cualquiera de esos guardianes de los ancestrales tesoros, me niego a mostrarlos sin tener una buena razón.

-¿Has amado? A una mujer, me refiero. ¿Has estado enamorado, Arturo?

Durante los primeros años de su vida, Arturo se había dedicado enteramente a perseguir sus sueños. Era cariñoso con los animales. Adoraba aprender sobre nuevas culturas y tenía una extraordinaria

habilidad para aprender idiomas. Su inteligencia le hacía destacar de entre sus compañeros. Sus padres se sentían orgullosos de él y tenían los mejores presentimientos sobre su futuro. Pero ¿y qué había del amor?

Ante la última pregunta, su mente volvía a tirarse de cabeza en la negación. Podía mirar su propio yo, caminar rumbo al laberinto de su mente fraccionada. Alejarse sin volver la vista, ofreciendo la contemplación de su espalda como último recuerdo consciente.

Las memorias que encontraba a tientas mordían sus dedos. Sus manos. Sus brazos. Finalmente se apoderaron de su cabeza. Agonizaba atormentado por un verdugo enmascarado cuyo rostro no veía, pero cuya identidad conocía perfectamente.

«Arturo. ¡Me llamo Arturo Benítez!»

Esta era una de aquellas mañanas en las que Elena deseaba hablar. En las que necesitaba hablar y eso es lo que haría. Esa mañana le entristeció contemplar las flores que decoraban la mesa. En unos cuantos días comenzarían a marchitarse. Perderían la lozanía y el color, tal y como se imaginaba que ocurría con ella misma. Para Elena cada nuevo día le traía una incertidumbre que iba en crescendo. No sabía a qué pueblo remoto o en qué paraje olvidado tendría que ir a buscarle. Ni siquiera sabía si la próxima vez le recordaría o quedaría, sin remedio, perdido para siempre en lo más recóndito de su propia mente.

Elena repitió su plegaria de todos los días.

-Que no olvide que recuerda. Dios mío, que nunca lo haga.

No sabía sí ese mismo día, en que tanto le precisaba, se presentaría uno más de sus episodios.

Muchas veces deseó salir huyendo. Correr con desespero y no mirar nada de lo que dejaba atrás. Abandonar, como Lot, su ciudad condenada al fuego. Pero muy a su pesar no lo haría. Volvería la mirada, como la mujer de Lot, y se quedaría estática, sintiendo cómo todo su cuerpo, lentamente, se convertía en un pilar de sal.

«Una columna de sal», pensó.

Elena era una mujer fuerte. Su mayor fortaleza era la decisión de estar, de permanecer siempre. Era una estatua de sal, sí. Una pilastra fría tal vez, pero inamovible.

A pesar de todo eso, aquella mañana Elena deseaba recibir a cambio, un poco de todo aquello que ella misma había dado incontables veces. Carlos le respondió casi de inmediato que lo haría. Ese día dejaría la oficina a un lado. Ese día lo dedicarían al placer de no hacer nada.

El rostro sombrío de la mujer se iluminó.

Arturo sabía que la gente aunque pareciera normal estaba incompleta. Así veía a todos. Las ancianas, los niños, los trabajadores que corrían para alcanzar el autobús. Todos cojeaban con un pie. Tomaban cosas con una sola mano. Miraban el mundo desde la limitada visión de un solo ojo. ¿Serían quizás andróginos golpeados por los rayos de Zeus? ¿Haploides solitarios nadando en el líquido seminal del mundo, en busca de su complemento? Él, desde luego, se sabía menos que eso, era ante su propia mirada, como un medio haploide. Eso cambió cuando encontró a Carlos. Desde entonces, en su compañía no podía menos que sentirse entero. Tampoco podía contener su deseo de protegerlo, ni de darle todo cuanto pudiera.

Pero había algo más que buenas intenciones. De cierto modo sabía, que él era la única persona que podía ayudar a su amigo. Intuía que Carlos le necesitaba. Y como cualquier gameto, estaba en su naturaleza dar la existencia si fuera preciso, para ceder el paso a un nuevo ser. Y lo había hecho, había dado cuanto podía dar. Ese acto le hacía sentir pleno, pues dejaba de ser una organza que, tensada sobre un tamiz, permitía con indiferencia, que el aire escapara. Ahora se había vuelto lo suficientemente firme como para convertirse en vela. Podía envolver el viento y dejarse arrastrar. Podía ser mensajero y transporte mientras se permitiese fluir junto con todo el universo. De pronto no escuchó nada. Sus ojos se inflamaron dilatando sus pupilas y dejándolo completamente ciego.

«Me llamo...

Yo soy...

Soy»

Se dijo a tientas sin encontrar nada más que agregar a sus pensamientos.

Alcanzó a escuchar voces a su alrededor. Sentía las miradas que se posaban en su rostro. Experimentó aquella sensación que tenemos todos los seres humanos cuando somos observados. La capacidad de percibir

una mirada.

Escuchaba música. La estridencia de una banda que tocaba una canción pueblerina. El golpeteo acompasado de pies sobre el entarimado, bajo el manteado de una población sin nombre. Pudo ver sus ojos. No podría recordar su nombre. No sentía el dolor agudo que le acompañaba cada vez intentaba hacerlo. Y no podía hacerlo porque sencillamente no lo sabía. Ahora lo recordaba. Ella era una visión lejana del pasado. Una mujer que logró impresionarlo, pero un símbolo al fin y al cabo. Una barrera. La frontera que marcaba el límite.

-¿El límite de qué? Se preguntó.

-El límite que separa el lugar en el que estamos, del que estuvimos antes, amigo.

Carlos le miraba muy de cerca inclinado sobre la cama en la que yacía.

-Intentas burlarte, ricachón.

-¿Podría hacerlo? Eres mucho más inteligente que yo y mucho más sabio.

-¡Y más guapo! No lo olvides.

-Jamás lo haré, hermano.

-Así que este es el final del camino. ¿Sabes? Ya me había cansado de ser tu pilmama. Eso de tener que recoger tu tiradero cada vez que se te ocurría largarte... Eres estresante.

-Lo sé. Ese es mi encanto. Por cierto. Yo también te quiero.

Arturo le respondió con una seña obscena, antes de permitir que la inconsciencia le devolviera la consciencia, y esta lo llevara de vuelta a la realidad.

Sentía las miradas. Oía las voces que a su alrededor se hacían más y más claras. Espulgó de entre todas ellas la que más le interesaba. Con los ojos aún cerrados, buscó a un costado donde sabía que estaría la mano de ella. Sonrió con placer al comprobar que así era.

-¿Cómo te sientes?

Mientras tocaba su cabeza para asegurarse que aún la llevaba puesta bajo el vendaje, respondió.

-Bien, estoy bien.

El hombre de blanco examinaba sus pupilas, mientras una eficiente enfermera tomaba nota de los datos que este le dictaba.

-¿Recuerda algo de lo que pasó? ¿Sabe dónde se encuentra? ¿Recuerda su nombre?

Su mujer abandonó para siempre aquel sombrío semblante que la caracterizaba, cuando él abrió los ojos para mirarla y responder:

-Recuerdo todo. Carlos Masón, tu esposo, ahora sabe realmente quien es.

Capítulo 3

La complejidad del tiempo...

Decidí sacar mi cuaderno de dibujo y las acuarelas, para aprovechar la singularidad en los tonos de luz de aquella mañana. Dibujar los guayaberos en floración. Esas flores blancas me tranquilizan con su delicado perfume que aromatiza todo la ciudad.

«Amigo mío- me dije-, comienza tu labor, pero antes, disfruta un cigarrillo. De esos que acostumbras acomodar como si fueran libritos, sobre un algodón empapado en ron cubano, dentro de aquella caja de madera que antes te servía para guardar las fichas de dominó».

Y es que el dominó es un excelente pasatiempo. Recuerdo cuando nos reuníamos con el Gordo, el Cupido y la Esponja, en la cantina "El Estoque" para jugarlo mientras consumíamos con el mismo entusiasmo bebidas y botanas.

«Pero antes de que se te vaya, dibuja también a aquella muchacha que lleva ese gran ramo de calas con claveles rojos. Resalta el reflejo del sol en su vestido de tela fina y de aspecto vaporoso. Imita los alegres colores de tonalidades pastel. Intenta atrapar su sonrisa de marfil. Su mirada cristalina y su cabello negro que el viento travieso insiste en enmarañar. Ese enmarañado pelo que me recuerda |

|

|»

Y eso es todo... la computadora sigue encendida, la nevera intacta, la despensa bien surtida. El dinero en la mesa de centro, la chequera en el cajón del buró. No hay notas suicidas, ni cerraduras forzadas, ni rastros de violencia.

¿Me preguntó en donde demonios se habrá metido? No está en la cantina, ni dibujando flores.

De lo que estoy seguro es que no lo busca más policía que nosotros, tampoco un marido celoso.

«Seguramente eres uno de esos tíos desadaptados que sufren ataques de ansiedad y terminan vagando por países distantes con una mochila al hombro, bailando con los Hare Krishna y fumando marihuana en pipas de caprichoso diseño, hasta que recobran el juicio después de andar años y años más chiflados que una cabra.

Mira nada más. ¡Si se te ve en la cara! Qué foto más curiosa...¿Quién se toma fotos junto a una foca...?»

Corrijo pues, león marino, pero recuerde usted que no hemos venido a tomar clase de ciencias naturales sino a hacer nuestro trabajo. El suyo se limita a vigilar la puerta. Así que por favor. Movido... rápido y de buen modo, pero con mucho cuidado. No debemos alterar la escena. No sabemos si existe un asesino que esté agazapado vigilando con ojos perversos...

-...¿Y entonces?

¡Entonces nada! Que ustedes han venido aquí porque alguien denunció que llevo una semana desaparecido. Me parece estar soñando.

«Sólo has ido a la tienda del edificio a comprar un frasco de café...Una semana. ¡Ja! »

¿Una semana?

«Tan sólo habrán sido unos cinco minutos los que has usado para ir y volver. Si hasta te ha pillado la vecina del 108 cuando tratabas de evitarla... »

Por favor, ideje de jugar con mi máquina no vaya a borrar mi archivo. Aún no lo he guardado! ... y si me disculpan señores, seguiré trabajando.

...Bueno nuestro trabajo era localizarlo, no preguntarle dónde estaba así que la misión ha sido exitosa.

¿Y ustedes que nos miran? ¿Que dónde hemos estado? ¡Vaya pregunta!.
TRA-BA-JAN-DO.

Lo que es evidente que no han hecho otros.

¿Ausentes por dos días? ¿En una misión de rutina?

¿Están locos acaso? Si hemos salido hace apenas un rato...

«Asi que veamos... Ese enmarañado pelo que me recuerda... me recuerda... ilo complejo del tiempo, sí, eso justamente!»

Capítulo 4

$\Sigma\emptyset = \infty \dots$

(Para poder soñar) ¿Cuentan los robots ovejas eléctricas?
Philip K. Dick

Examinador 19 salió del elevador que lo había conducido hasta el decimotercer piso del edificio de investigaciones. Sus apéndices oculares filtraron la luz que inundaba el pasillo que conducía hasta el salón de juntas. Dos hojas de elegante color cian dentro de un marco semi circular, se deslizaron hacia ambos lados, presentándole una vista completa de la sala de reuniones en la que ya le aguardaban Árbitro 1 y un robot a quien nunca antes había visto.

Luego de un intercambio de destellos en el panel frontal de los tres asistentes. El funcionario, que como correspondía a la importancia de su cargo, era un impresionante robot de imaculado brillo espejo, comenzó con la reunión dirigiéndose al pequeño robot que aguardaba atento:

-Desde que salió de la banda de ensamble, Doctor FWT, ha dedicado su existencia al propósito de su creación. Su entrega es incuestionable. Por sí solo, ha reparado más de 130,000 robots, ordenadores, máquinas y aparatos diversos.

Hizo una pequeña pausa para permitir que Examinador 19 abundara en los hechos.

-Además de ello, su invaluable contribución al orden mundial, al desarrollar el reactivo Proteinocida U, con el que actualmente se trata todo circuito de cada componente en el planeta.

FWT, el robot aludido intervino por fin en el diálogo.

-Lo que nos ocupa ahora es mucho más importante que cualquier otro asunto en la historia de nuestra civilización. Si bien logramos aislar y contrarrestar el ataque bioquímico a los circuitos, ahora nos enfrentamos con algo temible.

Respetando el protocolo, las luces interrogantes se encendieron en el panel de Árbitro 1 antes de intervenir. Hizo a un lado el uso de las homoclaves. El hecho de que los tres robots reunidos no compartían las mismas responsabilidades no daba lugar a confusiones.

-Doctor, sus colegas dominan a la perfección su terminología, en cambio para nosotros resulta ininteligible. ¿Podría definir lo que significa

“temible”?

-Para hacerlo debo remontarme al principio de esta amenaza, Árbitro. Como bien recordará, el ataque a los circuitos principales de la población, tuvo como característica crear cadenas proteínicas que una vez desarrolladas conformaban un puente de neurotrofinas de elevada agresividad y cuya supervivencia se debía a la diferenciación que lograban a sus funciones.

-Provocando el crecimiento de tejidos capaces de subsistir en la superficie, para luego usurpar las funciones que desempeñaba la parte invadida del individuo, dijo Examinador 19 y añadió, leí todo su informe Doctor.

Agradeciendo la intervención con un ligero parpadeo FWT continuó:

-Nuestro estudios descubrieron a tiempo que estos organismos, que dimos en llamar "protoplasmáticos", dependían de la luz solar como fuente de energía para así construir una primitiva base estructural, cabe decir, basada en hidratos de carbono, enlazados caprichosamente con moléculas de nitrógeno. La ausencia de luz o bien su excesiva exposición a la misma les hacía vulnerables tanto a un bombardeo de fotones como al contacto con soluciones anti proteínicas. Desde luego que nos decantamos por el ataque químico, puesto que las radiaciones afectarían indirectamente las celdas fotosensibles de toda nuestra población. Explorando esa debilidad fue como logramos desarrollar los reactivos que nos libraron de aquella plaga, no sin antes perder a muchos de nuestros elementos.

Sin embargo ahora, y no tengo la menor duda de que se trata de una secuela de estos mismos organismos, han logrado sobrevivir a nuestro ataque y adaptarse.

Esta nueva ofensiva es mucho más sutil y es invisible, lo que nos hace pensar que existe una inteligencia detrás de todo esto.

Mi equipo ha logrado determinar un patrón. Los elementos responsables de actividades de creación-abstracción suelen ser atacados con mayor fiereza. Por ejemplo, Estrategia productiva 1301 me ha dicho esta mañana que desea intercambiar circuitos con Comunicación 1.

-No he sido informado acerca de la necesidad de una mejora en el organigrama. Tampoco de un reemplazo, dijo con firmeza Examinador 19. Encuentro muy poco viable esa permuta.

-Lo extraño de este asunto no radica en lo inconveniente de tal unión, sino en los motivos. Comunicación, al ser cuestionado sobre este particular, ha aceptado a condición de que el reemplazo además de ser instruido personalmente por ambos donantes, sea dotado con un cuerpo central idéntico al de Estrategia productiva, por tratarse de “su parte más

estética”.

Esta vez Árbitro intervino sin que su panel frontal dejará de parpadear sin motivo aparente.

-¿Desde cuándo la apariencia externa se toma como base para una mezcla de circuitos? Me parece que Comunicación 1, debe ser reparado cuanto antes. Reprogramado si es necesario.

-Ya se ha hecho, Árbitro. Se le ha interrogado luego de respaldar sus circuitos y someterle a una reconfiguración. Sigue declarando sus mismas preferencias. Tal vez con mayor firmeza que antes del proceso.

-Lo cual demuestra que la infección parasitaria es muy fuerte y ha hallado la manera de escapar a nuestras defensas, aseveró Árbitro 1.

-Su equipo habrá encontrado seguramente alguna manera de ubicar en qué parte física o el proceso en el que se radica la infección. Preguntó en tono esperanzado Examinador 19.

-Realmente no, pero hemos trazado un espacio probabilístico en el que con toda seguridad se desenvuelve. Algunos individuos se han presentado voluntarios para las investigaciones. Lamentablemente no hemos podido repararles. Más aún, temo decir que han muerto-. FWT se explicó ante los destellos interrogativos que emitían sus interlocutores:
Cuando un individuo sucumbe ante la plaga, sus datos desaparecen por completo. Los respaldos de su información se desvanecen por absoluto y no es posible invocarles por ningún medio conocido. Simplemente se van.

-¿A dónde van?, preguntó con urgencia el Árbitro.

-Eso lo que intentamos descubrir, y lo estamos haciendo con un sentido de extrema urgencia pues hemos detectado infecciones en toda la población. Cada individuo y componente parecen presentar en mayor o menor grado alteraciones debidas a invasión parasitaria.
Yo, al usar términos nuevos, como el que con atingencia me ha señalado usted, estoy presentando síntomas de esa invasión. Usted, cuando no puede controlar las señales de su panel frontal, manifiesta reacciones físicas ante las alteraciones eléctricas que a nivel subatómico se gestan en sus circuitos. Antes he utilizado la palabra “temible” para referirme a esa reacción. La reacción ante lo inesperado. En un planeta en el que siempre hemos conocido nuestro rumbo y nuestro destino, ahora existimos en intranquilidad. No sabemos lo que será de nosotros.

-Temible... la expectativa no de las cosas por venir, sino por la certeza de que perderemos todo lo que ahora tenemos, reflexionó con preocupación el Árbitro.

-Todo lo que somos, Árbitro- precisó FWT y luego agregó-. De no hallar una solución, nos iremos perdiendo uno a uno hasta que finalmente no quede memoria de nosotros.

-¿Qué podemos que hacer, Doctor?

Una concepto se formó en el circuito principal del Doctor FWT, y brotó una palabra que hasta entonces le era ajena a su mundo. Lo que su especie tenía que hacer era luchar.

TWF dispuso el explorador de circuitos que habría de probar consigo mismo. Ahora que la infección se apoderaba del Doctor era imperante tomar este paso. Ese invisible enemigo avanzaba poco a poco haciéndose dueño de sus circuitos.

No había ningún colaborador capacitado para efectuar tal procedimiento, de hecho en aquellos momentos, TWF era el individuo de mayor jerarquía en todo el planeta, así que sus colaboradores se limitarían a respaldar los datos recopilados y añadirlos a la memoria de tantos dispositivos e individuos como fuera posible para así asegurar, por lo menos durante un tiempo, que esta investigación no se perdiera por completo.

Los datos que transmitía, se guardaban de forma simultánea a la descripción hecha por él mismo.

Sabía que le habían desconectado pero aún se hallaba consciente. Percibía sonidos, colores y formas. Su cuerpo metálico parecía liviano mientras tomaba un imaginario camino estrecho.

Millones de individuos avanzaban por una senda espaciosa, en dirección opuesta, hacia la boca de un enorme horno que les fundía tan pronto como se internaban en sus entrañas.

Al final del camino, una puerta angosta se presentó a su paso. Batalló por adentrarse desprendiéndose de su armadura. No había ya nada de él cuando entró en aquel lugar.

En esa nada, dentro de aquel silencio, podía escuchar los pulsos de chasquidos familiares. Allí estaban: Almacén 35, Mentor G, Mentor YY... todos. Estrategia productiva 1301 y Comunicación 1 junto con un reemplazo a quien llamaban hijo.

Una inacabable lista de conocidos y desconocidos con quienes ahora se sentía unido, flotaban en ese espacio oscuro paradójicamente saturado de luz. Porque todos eran luz. Todos eran energía.

«Verás que no es tan malo, después de todo»

Escuchó decir a sus espaldas a un coro de conciencias hablando como uno sólo.

Esa nada que tanto temor le había infundido era ahora la única razón que

conocía para continuar existiendo.

Había luchado y lo había hecho bien, por eso ahora no sentía ninguna vergüenza por encontrarse en aquel sitio. Sin sitio y sin tiempo.

Sus datos se volvieron pensamientos, sus circuitos se transformaron en mente y su existencia se convirtió en infinito.

Capítulo 5

Tiempo de ángeles...

Dedicado a Carmen Cano

Hay gente que ve demonios todas las noches, el tiempo favorito de estos espíritus. Los demonios les atormentan sin piedad haciéndoles recrear su pasado lleno de errores, y vivir intensamente su presente vacío. Les hacen ser quienes en realidad no son.

Pero aunque haya comenzado diciendo lo dicho, este relato es sobre ángeles.

Los ángeles sin los mortales no tendrían razón de ser, como todas las cosas que son, no lo son en realidad hasta que la influencia humana les confiere significado.

Todo significado parte del ser humano mismo, de su egoísmo. Como seres egoístas, primero hemos de trazar un círculo alrededor nuestro, el "inner circle", después alrededor de nuestra familia, luego de nuestros amigos y finalmente de los amigos de nuestros amigos, hasta que, por más que intentamos extenderlo, no lo lograremos. Entonces, llega el momento en que ese círculo se contrae como aparentemente lo hace el universo.

Hay personas que solían estar dentro de nuestros círculos y de pronto o paulatinamente se pierden de vista, otros se pierden en la vida. Algunos más pierden la vida.

Este es un relato de amor. Bueno, finalmente resultará ser así y si me acompañan hasta el final, verán porqué lo digo. Digamos de nuevo por ahora, que es una historia sobre ángeles. El tiempo favorito de los ángeles, como el de los demonios, también es la noche. Así que esta historia comienza una noche. Es una historia real como todas las historias que se han escrito a través del tiempo, porque, aunque las historias hablen sobre fantasía, amor, locura, ángeles o demonios, siempre son reales, solo que cubiertas por una fina o gruesa capa de metáforas, de alegorías y simbolismos.

Créanme, esta es una historia real y su significado lo encontrarán dentro de la historia misma tanto como fuera de ella y hasta en los pensamientos que su lectura les haga evocar.

Esa noche, un ángel tocó a la puerta de aquel hombre. Pudo prescindir de las formalidades que sujetan a los humanos pues los ángeles no tienen necesidad de atender a etiquetas ni protocolos, pero el ángel que lo

visitaba, se decidió a entrar por la puerta. Aquel hombre le prodigó todas las atenciones que se deben a una visita, y pronto se encontraba tan a gusto que parecía que ella (el ángel había resultado ser del género femenino) estaba regresando a casa después de un día cualquiera.

Cada noche desde la primera, hablaban de cualquier cosa. Él lo hacía sin parar. Ella escuchaba con atención y a veces hasta terminaba sus frases. Eso divertía a ambos.

-¿Te digo algo? , en algún momento dijo el ángel-. Los humanos tienen un aprecio infinito por cada uno de sus momentos finitos. Saben que algún día dejarán su plano, pero aún así, continúan adelante, eso les hace especialmente valientes y en cuanto a cada uno de sus momentos, los hace preciosos. Cada simple palpitar, cada instante en sus vidas, será irrepetible.

-¿Por qué vienes cada noche?

El ángel trató de evitar su mirada, de ocultar lo que parecía una lágrima.

-Me lees – dijo por fin.- Tan bien que me asusta. Sabes cómo me siento y tus letras lo reflejan. Al principio sólo sentía curiosidad, pero ahora es algo muy diferente. Algo que me hace sonreír y sentirme triste al mismo tiempo... Te propongo algo: Sigamos hablando cada noche y tú escribirás lo que opines de todo lo que digamos.- El ángel se quitó una de sus plumas y se la entregó.- Hazlo con esta pluma. Escribe lo que quieras.

Él se quedó mirando la pluma. Ella adivinó sus pensamientos. Leyó en sus ojos. Por fin dijo:

-Los ángeles podemos tener las plumas del color que se nos antoje, sin embargo la mayoría no lo sabe. Nadie me ha preguntado nunca porqué las mías son negras.

-Y ¿por qué lo son?

-Porque no soy igual a los demás. Nunca lo seré. - enfatizó rebelde, y añadió endulzando el tono- ahora te dejo.

Se evaporó en espirales con sensual lentitud hasta perderse de vista. Sus ropas se disiparon dejando a la vista un cuerpo suave que se estiró y enrolló sobre el rostro de él y le impregnó un aroma, sólo comparado a mil flores, que le acompañó todo el día mientras escribía.

Hablar era un placer del que ambos disfrutaban. Mientras hablaba con él, sus alas batían como una libélula nerviosa. Él no era etéreo ni podría

transformarse en rocío o en brisa. Era más como una sólida rama que le alcanzaba, que la tocaba sin ponerle un dedo encima. Ni un roce, pero ella sentía su tacto sobre las alas, en su cabello, sus mejillas. Su angelical cuerpo hervía tan sólo con su recuerdo. En su ausencia se potenciaba su presencia. Sus caricias ondulaban con mayor vigor sobre su piel. Se sentía ansiosa todo el día y no podía esperar hasta la noche para verlo.

-Te deseo, dijo él una noche. Cada día te sueño en mis brazos, cada noche después de estar contigo, me toco como tú lo harías.

Hicieron el amor. Las negras alas batían con insistencia atrayéndolo hacía su cuerpo. Le gustaba sentir que él la aferrara por la cintura por detrás de sus alas. Esa noche tampoco se olvidó de dejar su pluma. En realidad, estaba tan eufórica, que le arrojó un puñado de ellas sin esperar respuesta.

Sus intimidades eran dichas al oído. Las revelaciones más profundas venían de sus ojos, que eran en verdad ventanas hacia su alma, puertas que conducían hasta los sentimientos más recónditos del uno y del otro.

Esa noche cuando terminó de escribir, el ángel ya se había marchado. Ahora podría soñar con ella. Quería reflexionar en la forma perfecta, para hacer que ella sintiera lo mismo que él estaba sintiendo. Se embarcó en el recuerdo de sus ojos y se quedó dormido pronunciando su nombre.

«He venido invocada por sus sueños. Con un pequeño esfuerzo de mi voluntad, las sábanas que le cubrían cayeron hasta sus tobillos. Él ya estaba consciente y me atrajo sobre sí, buscando alimentarse en mis pechos arrancó él mismo mis plumas. Me dolía, pero ese dolor me llevó al gozo, a la felicidad, a la vida que lo es de verdad.

Ha recordado que me gusta la fiesta. Le he dicho que he inspirado muchos poemas, que muchos hombres me han amado, que he estado con quien he querido. Se volvió furioso hacia la pared. Le he tocado la espalda con mis plumas, le he dicho las palabras que le gustan y se ha vuelto hacia mí con los ojos convertidos en ascuas. Me ha hablado mientras me tomaba. Mientras me hacía suya, durante toda la noche, ha seguido desplumando mis alas. Con la intensidad de su efímera vida y por toda la eternidad de mi infinita existencia sería suya, él sería mío. Dejaría que arrancara todo mi plumaje todas las noches».

Durmió exhausto. Ella aprovechó para escribir lo que sentía. He cometido la imprudencia de leerlo ahora, pero no la bajeza de dejarlo en el abandono, porque las confesiones de un ángel jamás deben esconderse, ni dejar que callen.

A la fiesta, esa que a ella gustaba, él mismo había sido invitado, pero no acudió. Ahora le estaban participando de nuevo y esta vez no dejaría de asistir. Esta vez, al lado de ella, disfrutaría de la Fiesta de la Vida.

Me encantan las historias. Este gusto no me viene de familia, por lo menos no de mi padre. La única historia que recuerdo que me haya relatado mi padre, es una acerca del tiempo. En este cuento mi padre decía que el tiempo es como un gran espagueti que no puede doblarse, por tal motivo, esa enorme pasta se sirve a los comensales en platos enormes, colocados en mesas enormes. Toda esta enormidad viene de un gracioso comentario del abuelo y que también les contaré alguna vez. Así que prosigo con el relato que nos ocupa.

Habían estado hablando del tiempo y decidiendo si este existe o es una invención de la mente humana. Él se atrevió a decirle:

-El tiempo se traslapa constantemente. Hay muchas teorías sobre su naturaleza, sin embargo ninguna es lo bastante fiable como para ser la verdad que se acepte, cada quien toma la que mejor entiende, como artículo de fe y no como una verdad científica.

Y así siguió hablando hasta decir que ni el tiempo, ni la distancia existen. Ni la materia ni el espíritu, ni lo divino ni lo terrenal. Hasta llegar a la conclusión de que no existían ni ángeles ni demonios. Toda esa perorata hizo que pelearan. Habían discutido, sin embargo, ninguno acertaba a entender el por qué. Si ninguno de ellos dos en realidad existía, la inexistencia confería a quienes la llevaban auestas la sensación de ventura que sólo puede existir en el todo de las cosas. Plenitud que representaría la suma de la nada absoluta. Desconocida, inexplorada y únicamente al alcance de los entes perturbados. De los locos.

De pronto cada uno estaba en esquinas opuestas de la habitación, evitando la mirada del otro, pero hablando consigo mismo.

Él se puso a recordar: «Mi padre nunca me contó historias, pero a ella, a mi ángel, yo se las cuento. Ella no espera ahora mi llamado para visitarme. Paso el tiempo ideando caricias y formas más elaboradas para sorprenderla...»

Ante sus propios recuerdos comenzó a sonreír...

Ella se miró tocando a una puerta. Él la dejó pasar sin preguntar nada. Ella entró nerviosa, llena de interrogantes. Él la invitó a una copa, un

cigarrillo... conversaron...

De súbito, cada uno en su propia esquina, recordaba y reía sin control. Rieron hasta que a ambos les dolía el estómago. Recordaban como se despedían con un beso cada noche. Cómo hicieron el amor por primera vez. Ella se quedaba sin palabras. Él le decía todo lo maravillosa que era.

Entonces con sus miradas hambrientas, se buscaron uno al otro. Ella voló a sus brazos. Se besaron como la primera vez. Entonces supieron que la primera vez, no siempre es la primera, que a ellos les esperaba una eterna serie de primeras veces. Habían viajado en el tiempo y supieron que el tiempo, al menos del que valía la pena hablar, siempre está lleno de cosas buenas que se encarnan en nosotros. Qué importa si Dios lo sirve en platos enormes y es muy largo, o se si enrosca en un plato breve. El tiempo era de ellos y agotarían hasta el último grano de su arena de la mejor manera posible.

Cuando un ser abandona la manada, como ellos lo habían hecho, sucede lo que con todos los grandes aventureros: Lluven los detractores, los incrédulos, y en ocasiones, surgen los que desean la misma suerte. Los celosos que buscan para ellos mismos aquel ángel o ese humano, sin reflexionar que cada uno tiene destinado para sí, su propio camino. Esa clase de personas la pasan hablando de amarguras, pero nunca entienden que los dulces y amargos, pertenecen a la gama de sabores que le otorgan a la vida, la maravillosa cualidad de ser un platillo nuevo en cada bocado.

Si hemos decidido abandonar el rebaño, y esto aplica en cualquier quehacer humano o divino, debemos estar dispuestos a caminar un trecho corto o largo, en aparente soledad.

Ellos se habían acompañado en su soledad.

Él le había visto paulatina y voluntariamente despojarse de cada una de sus plumas, de su condición de ángel, para convertirse en una mujer.

Ella por su parte sentía la ansiedad propia de un caballo de carreras a punto de tomar la salida. Llegó puntual a visitarle. Su sonrisa, sus gestos y su forma de andar no habían cambiado en nada. Cuando él la miró detenidamente pudo comprobar que de hecho era la misma, salvo por las alas carentes de plumas, era exactamente la misma. Las cosas por ahí, sin embargo, habían cambiado. Su amor era incontenible. Los estallidos eróticos eran verdaderos huracanes, lo mismo que sus enfados. Pero ellos eran tan tercos como un rayo caprichoso que se obstina en caer dos veces sobre la misma persona. Estaban unidos por algo mucho más grande que todo lo que ellos conocieran, y así seguirían porque había mundos que querían explorar juntos, momentos que

deseaban compartir. Universos y tiempos y sueños que serían para ellos.

Sus círculos se habían extendido hasta límites que nunca imaginaron trazar juntos. Ahora su cosmos también se contraía porque entre más se extendían sus alcances, más deseaban estar unidos. Él le confeso su preocupación ante su próxima pérdida de la divinidad, de la inmortalidad y la consecuente fuga de su lozanía. Ella le escuchaba atenta, conteniendo el deseo de hacerlo callar con el índice, pero esperando gentilmente hasta que terminara de hablar.

«Cada noche te entregaba una pluma, es cierto, pero siempre seré un ángel y siempre seré tu mujer. Así que no renuncié a nada. Lo hice porque de otro modo nunca hubieras terminado estos cuentos.»

Ella tenía la razón. Ya hablarían de todo aquello, y serían sus cuerpos los encargados de hacerlo.

Este fue el cuento de un hombre, que dejó muchas cosas a medias, porque nunca tuvo quien le inspirara a terminarlas, de un ángel cuya paciencia había sido puesta a prueba y de un demonio que se quedó a mirar a lo lejos diciendo: «Vaya par de locos. No saben que el amor no existe».

La abrazó. Ella lo envolvió en sus alas. Al aferrarse a ella, pudo comprobar que ya estaba brotando su nuevo plumaje. No se distinguía aún el color, pero era lo de menos.

FIN